

La antipsiquiatría funciona

Una asociación de Gràcia tiene una red de tiendas y negocios en la que trabajan enfermos mentales crónicos

la ronda

EUGENI MADUEÑO

Si Gràcia es algún día la república independiente a la que aspiran sus hijos más radicales, no les queda duda de que el doctor Ramon Blasi será el ministro de sanidad del Gobierno republicano.

—Gràcia es el microcosmos en el que nacimos hace 20 años, y en el que nos hemos consolidado.

Hablamos en el bar del ateneo cultural que la asociación Arapdis tiene en el cruce de Martí con Vilafranca. Rodeados de parroquianos que toman café y juegan a las cartas animosamente. Nadie diría que la mayor parte de ellos son enfermos mentales crónicos, ciudadanos y ciudadanas que hace sólo 20 años estarían ingresados en centros psiquiátricos como el de Sant Boi, de donde procede el doctor Blasi.

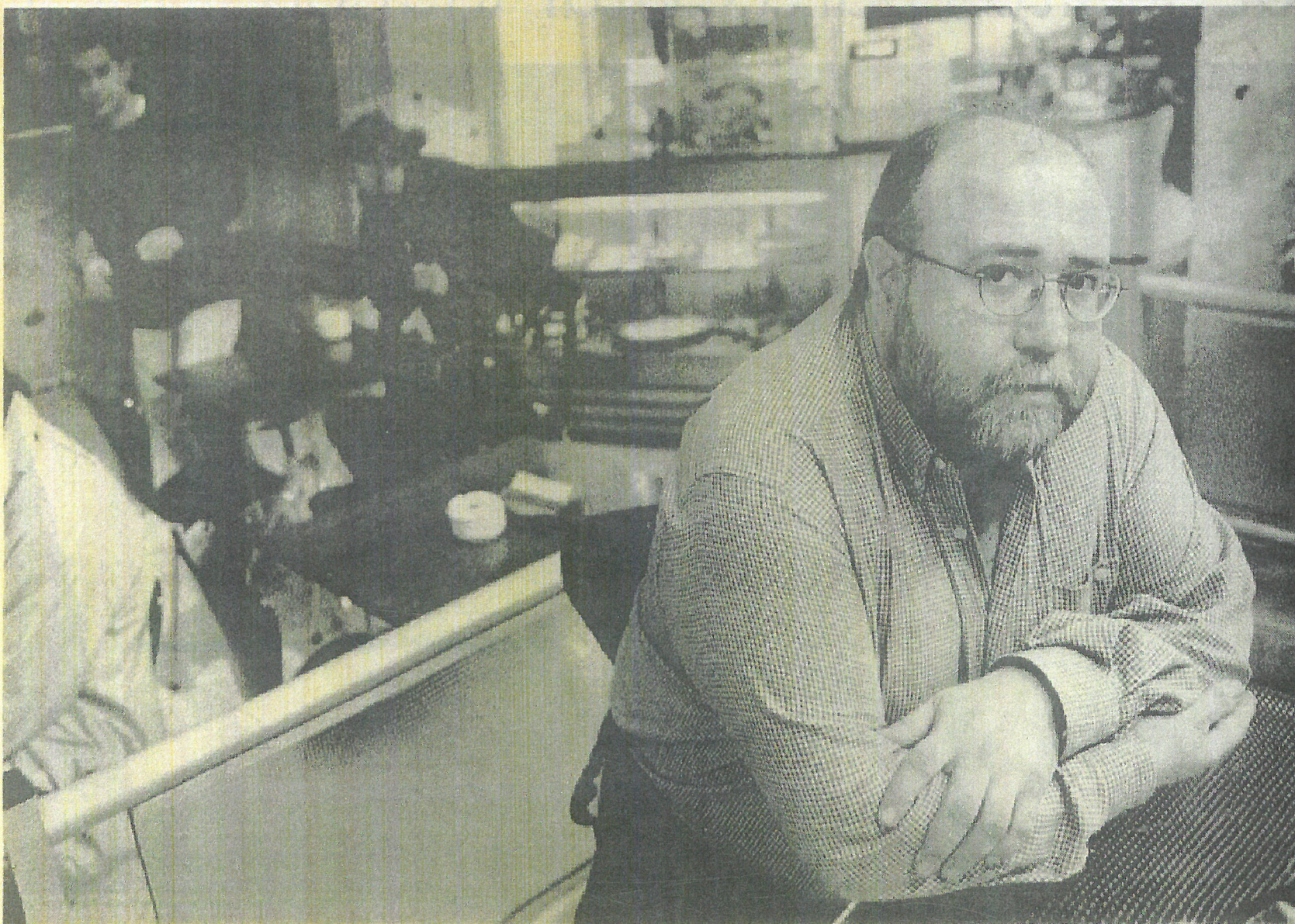
—Ahora siguen siendo enfermos, pues la esquizofrenia no se cura, pero en vez de estar abandonados en un hospital o vegetando en el sofá de casa, desarrollan un vida normalizada, participan en actividades sociales y culturales, y hasta consiguen realizar trabajos protegidos.

Hay que retroceder treinta años para explicar la historia de la antipsiquiatría, la política sanitaria que consiguió abrir las puertas de los psiquiátricos y devolver a los esquizofrénicos a sus casas y a sus barrios, señala el doctor Blasi, y recuerda que cuando los enfermos de Gràcia abandonaron Sant Boi, él decidió seguirles los pasos para no dejarlos abandonados del todo.

—Echarles de los manicomios ha sido positivo especialmente en lugares como el nuestro, en que una vez fuera les hemos seguido apoyando desde los centros de día, pero un desastre en los países donde la externación supuso cambiar el hospital psiquiátrico por los bancos del metro o de los parques públicos.

GENTE DEL BARRIO. El trabajo llevado a cabo por Blasi y su equipo en la vieja villa de Gràcia en la última década ha sido increíble. Increíble e invisible, pues los centros de atención médica, de consultas, las oficinas, las residencias y pisos asistidos donde viven los enfermos, los talleres escuela, la tienda, el quiosco... pasan inadvertidos como centros de actividades normalizadas en el conjunto de comercios, tiendas o pequeños talleres propios del distrito.

Actividades tan normales como la que realizamos ahora: tomarnos un café sentados en el bar de la esquina, rodeados de clientes entre los que cuesta discernir cuál es el



ANA JIMÉNEZ

El doctor Ramón Blasi, en el bar del ateneo cultural en el que trabajan y del que son usuarios, entre otros, los enfermos mentales crónicos del barrio

enfermo y cuál el monitor que los cuida.

—La decena de centros, pisos, consultas, tiendas o talleres que tenemos distribuidos por el barrio forman parte de una cadena y de un programa terapéutico que persigue, no la curación, que es imposible, pero sí la readaptación de los enfermos —una de cada cien personas padece esta enfermedad crónica— para que puedan vivir en el barrio como unos vecinos más.

EL CIRCUITO. Las estadísticas de Arapdis dicen que en los últimos diez años se han recibido 1.400 demandas de atención, de las cuales quinientas se han beneficiado de ese modelo que el doctor Blasi llama “integral de continuidad”. En la actualidad son un centenar los enfermos que reciben asistencia en ese circuito o “camino hacia la normalidad” que conforman los centros de la asociación. La mitad de ellos vive con sus familias, y la otra mitad en los pisos y residencias de Arapdis.

El último escalón del circuito se consigue cuando el enfermo se adapta a uno de los trabajos protegidos en alguno de los negocios que la asociación tiene en el barrio —quiosco,

■ CABOS SUELTOS

La inserción: más eficaz y más barata

Dice el doctor Blasi que los presupuestos para salud mental han aumentado mucho, de 4.000 a 17.000 millones anuales, pero aún se destina el grueso de la asignación —un 60%— a hospitalización, y sólo un 10% a reinserción en la comunidad. Aunque las cifras son elocuentes, el psiquiatra quiere ahondar un poco más en las ventajas del modelo de reinserción y atención que él mismo ha puesto en marcha, y explica que mientras uno de sus enfermos le cuesta a la Administración entre 3.000 y 5.000 pesetas diarias, el coste si estuvieran internados en un psiquiátrico (no digamos un hospital general) sería de entre 6.000 y 15.000

copistería, taller de encuadernación, lavandería, bar... Pero el definitivo se logra cuando el enfermo consigue un trabajo normal en algún negocio del barrio, como sucede ahora con una veintena de enfermos, que tienen una vida normalizada a pesar de llevar una media de 14 años de evolución de la enfermedad.

—Los vecinos han pasado de protestar porque nos instalábamos aquí a comprarnos los productos o utilizar los servicios que prestamos —dice el doctor Blasi, y aprovecha para desmitificar la presunta agresividad de los esquizofrénicos, cuyo problema no es la violencia de carácter, sino más bien todo lo contrario, la pasividad y la tendencia a la dejadez.

PREMIO. Que el trabajo del doctor Ramón Blasi y la asociación Arapdis ha sido ejemplar en estos 20 años de trabajo en Gràcia es algo que no sólo descubren con perplejidad quienes, como nosotros, descubrimos por primera vez los centros y las empresas y tiendas regentadas por enfermos. También lo ha descubierto el Institut de Drets Humans de Catalunya, que recientemente les ha entregado, en el Parlament, el XIII Premi a la Solidaritat.●